

creto y dotado de la instruccion y talentos necesarios notará lo primero las dificultades insuperables que la Física, asi teórica como experimental, representa en la existencia, y aun en la posibilidad de dichas Lámparas. Notará lo segundo, que en los antiguos Escritores no se halla sombra, ni vestigio de estas luces sepulcrales inextinguibles. Notará lo tercero las contradicciones de los Autores que las afirman, en quanto al tiempo y otras circunstancias. Notará lo quarto, que ninguno de los Autores que las afirman y defienden, dice haberse hallado presente al descubrimiento de alguno de aquellos sepulcros. De todas estas observaciones prudentemente concluirá, que la especie de las Lámparas inextinguibles es uno de los muchos monstruos que engendra el embuste, y alimenta la credulidad.

\*\*\*\*\*  
**EL MEDICO DE SI MISMO.**

**DISCURSO QUARTO.**

§. I.  
**E**stá recibido como axioma, que los Medicos no aciertan á curarse á sí mismos, y por tanto, en el caso de estar enfermos, deben llamar y rendir su dictamen á otro, ú á otros Medicos.

Tocarón este punto Paulo Zaquias en sus Questiones Medico-Legales, y Gaspar de los Reyes en su Campo Elisio; pero tan de paso, especialmente el primero, que aun se puede considerar la questão como indecisa. Preguntó Paulo Zaquias, si pecará el Medico curandose á sí propio, ó á los suyos, padres, hijos, ó hermanos? A que dice lo primero, que la opinion del vulgo (por lo qual cita tambien á Rodrigo de Castro, Medico Lusitano) niega que esto le sea licito. Dice lo segundo (declarando su mente) que más debe ser notado de imprudencia, que de pecado

al-

alguno, el Medico que, especialmente en las enfermedades mas graves, se cura á sí propio. Esta resolucion es por dos capitulos obscura: El primero, porque no declara, si en el caso propuesto absuelve al Medico de todo pecado, dexandole solo la nota de imprudente; lo que solo tiene cabimiento, si la imprudencia es invencible; porque la imprudencia vencible, y voluntaria no puede eximirse de pecado mas, ó menos grave, á proporcion de la materia y daño que resulta. El segundo, porque aquella expresion, *especialmente en las enfermedades mas graves*, dexa ambiguo, si en las menos graves carecerá de toda imprudencia el curarse á sí mismo, ó si solo será menor la imprudencia, por ser menor el riesgo. Nóto tambien, que este Autor no responde al todo de la questão propuesta; pues preguntada, no solo si el Medico puede curarse á sí mismo, mas tambien si puede curar á sus padres, hijos, y hermanos; y respecto de estos nada resuelve. Nóto en fin, que no apoya con fundamento alguno su resolucion.

3 Reyes, aunque algo conciso, respecto de la importancia de la materia, procede con mas claridad, y exactitud. Su sentir es, que en las enfermedades leves y que no son acompañadas de fiebre, puede muy bien el Medico curarse á sí mismo; pero no en las graves, ó quando hay fiebre. La razon que da es, que asi la fiebre, como los grandes dolores, intemperies, y síntomas, perturban algo la razon, por lo qual impiden al Medico enfermo discernir lo que le conviene ó daña.

§. II.

4 **E**sta resolucion, si se limitase mas, no se apartaría de la razon; pero en la generalidad en que la dexa el Autor no debe aprobarse. La razon es clara; porque la experiencia muestra cada dia, que no todo dolor agudo, no todo síntoma grave, y mucho menos toda fiebre perturban la razon. Muchos en enfermedades gravísimas la conservan cabal, y en las fiebres ordinarias casi todos. Lo que, pues, unicamente debería decirse es, que se observe si el ardor de la fiebre, ó la fuerza de los síntomas han al-

Tom. IV. del Teatro.

E

te-



terado el uso del juicio; y en este caso no permitan que el enfermo se rija por su dictamen. Esta observacion es facil. Pero soy de sentir, que no se fie al Medico asistente; si que la tomen á su cuenta los amigos, y domesticos del enfermo, que sean dotados de alguna prudencia.

5 Esto por tres razones. La primera, porque los que han tenido mas trato con el enfermo quando sano, son los mas capaces de discernir, si el modo de razonar y discurrir que tiene en el estado de enfermo se aparta, y cuánto del estado natural, y modo de discurrir que gozaba en tiempo de salud. La segunda, porque estos le tratan á todas horas, y el Medico solo en el breve rato de una casi momentánea visita. La tercera, porque algunos Medicos, ó por una astuta política, ó porque asi se lo hace juzgar el amor propio, siempre que el enfermo con tesón resiste á sujetarse á su dictamen, le levantan que delira, y de ahí á poco que rabia. Referiré á este proposito un chiste bastantemente reciente.

6 Entró el Medico á visitar á una Religiosa levemente indispueta, en ocasion que esta acababa de tomar chocolate. Tentó el pulso, examinó la lengua, y viendola con el tinte recién dado, exclamó asustado: *Lengua negra, señal de muerte.* Quiso luego tentarla con el dedo en la forma ordinaria. Mas la enferma, que habia tomado el chocolate contra expresa prohibicion del Medico, y no quería que se lo conociese (como era forzoso conocerlo al tacto) acudió pronta, retirando la cara como con asco, y diciendo: *Quite allá, señor Doctór, que anda entrando el dedo por esos Hospitales en las bocas de bubosos, y podridos, y me apestará si me toca la lengua con él.* No bien lo oyó mi Doctór, quando volviendose á otras Religiosas que asistian, prorrumpió: *Delirio declarado, no tiene remedio;* y con esto se fue, dexando tristísimas las asistentes, y dando carcajadas la que estaba en la cama. Esta reía el disparate del Medico, y la burla que le habia hecho; aquellas lloraban el delirio imaginado, y riesgo de su hermana.

## S. III.

7 Volviendo al proposito, digo, que exceptuando el caso de observarse algo perturbado el juicio, puede, y debe el Medico enfermo dirigir la curacion mucho mejor que otro de igual ciencia, y experiencia. La razon es clara; porque él conoce mejor su temperamento que nadie. La sensacion propia de la enfermedad, y de sus síntomas le da idea mas clara de ella, y de ellos, que la que pueden adquirir los Medicos mas sábios del mundo con todas sus especulaciones; y si, como dicen los Medicos, lo mismo es conocer la enfermedad que descubrir el remedio: *Cognitio morbi, inventio est remedii;* él, pues conoce mejor que todos su enfermedad, mejor que todos acertará con la curacion. La Medicina es toda experimental. ¿Qué experiencia mas segura que aquella que cada uno tiene de sí propio? Si ha padecido otras dolencias de la misma especie, aquellas le pueden servir de norma. En caso que no, suplen las observaciones generales de lo que dice bien ó mal á su complexión. Uno de los principios de la incertidumbre de la Medicina es la diferencia individual de unos hombres á otros, por la qual freqüentemente lo que á uno aprovecha á otro daña. ¿De este individuo quién tiene mas conocimiento experimental que el mismo individuo? Quando llega el caso de dudarse si hay, ó no fuerzas bastantes para algun remedio, ¿quién puede decidir la cuestión con tanta seguridad como el mismo Medico que está enfermo? Allá dentro tiene cada uno una sensacion oculta, una percepcion evidente de su robustéz ó su debilidad, muy superior á todas las conjeturas que pueden formar los Medicos mas doctos y prudentes por las señales externas. En quanto al régimen, es cosa notoria que solo él puede prescribirselo á sí mismo con acierto. ¿Quién como él (mejor diré, quién sino él) puede saber si tal alimento le asienta bien, ó mal en el estómago, si es proporcionado, ó no á su complexión, si le disuelve facilmente, ó con dificultad? No hay alimento tan bueno, que sea bueno para todos; ni



le hay tan malo, que no sea bueno para algunos. ¿Quién sino la experiencia propia de cada individuo puede mostrarle cuál le es conveniente, ó desconveniente? Estoy persuadido á que no hay dos hombres en el mundo que deban alimentarse con perfecta igualdad y semejanza; porque no hay dos complexiones en el mundo que sean perfectamente semejantes, ó es caso metafísico el que las haya. La complexión consta de muchas partes, en cuya mixtura son infinitas las combinaciones posibles. Por esta razon es caso metafísico hallar dos caras perfectamente semejantes; y la misma milita, y aun con mas eficacia en las complexiones.

## S. IV.

8 **V**Eamos ya qué razones alegan los que, puestos de parte de la máxima vulgar, quieren que siempre se fie á otro Medico la curacion. Una de ellas es la que ya hemos propuesto de Gaspar de los Reyes; pero ésta solo prueba de las enfermedades graves; y ni aun de estas prueba, como hemos mostrado. Otras dos propone el mismo Reyes, sin darles respuesta, ni determinar sobre su asunto cosa alguna.

9 La primera es, que el amor propio es causa de que al Medico enfermo se le representen sus males menos graves, y peligrosos de lo que son, y juntamente de que resista los remedios, especialmente los que son mas asperos y desabridos; cuya dificultad solo puede vencerse dando la obediencia á otro Medico, que prescriba y haga executar lo que juzgue conveniente.

10 Respondo lo primero, que el amor propio en la contemplacion de bienes y males, tanto, y aun mas influye temor, que esperanza. En esto hace mucho la diversidad de genios. Los muy alegres esperan que todo suceda bien. Los muy melancólicos siempre temen que las cosas vayan de mal en peor. Los de temperamento medio escuchan el dictamen de la razon. Respondo lo segundo, que siendo cierto, como ya hemos probado, que el Medico enfermo conoce mucho mejor la gravedad de su mal que otro qualquiera que le asista, de nada servirá que otro Medico sea de contra-

trario dictamen al suyo, y le represente ser el mal mas grave de lo que él piensa; pues siempre creará mas al juicio propio, que al ageno; especialmente sabiendo que aquel se funda en parte en la percepcion natural y sensible que tiene allá dentro, y éste en meras conjeturas. Respondo lo tercero, que el Medico enfermo mucho menos repugnará los remedios molestos, si su propio dictamen se los representa convenientes, que si solamente otro Medico se los propone tales. Esto es tan claro, que no admite duda. Y lo mismo que de los medicamentos se debe discurrir de los alimentos, para abrazar los provechosos, y huir de los nocivos.

11 La segunda razon (como la propone Reyes) es, porque como algunos males al principio parecen leves, y con el tiempo se van agravando, puede suceder que el Medico paciente, ó por temor ó por incuria no tome providencia para curarse, y asi se aumente el peligro. Estraño argumento por cierto, y que tiene mas defectos que palabras. Vengo bien en que hay males hypócritas, que debajo de una benigna apariencia esconden profunda malicia. Pero si esta se oculta al mismo Medico paciente, ¿por dónde se ha de revelar á otro Medico? Las señas externas unas mismas son respecto de entrambos, y el primero tiene la considerable ventaja de su percepcion sensitiva, la qual no pocas veces manifesta al enfermo mas rudo la gravedad oculta de su dolencia, que no entiende el Medico mas sabio. Decir que el paciente por incuria omitirá su curacion, ¿qué significa? Que porque él cuidará poco de sí mismo, llame á otro Medico que cuide. Aqui hay una extravagancia, y una implicacion. La extravagancia es, que el Medico enfermo cuide menos de sí mismo, que ha de cuidar otro Medico. La implicacion está, en que si por incuria dexa de curarse, tambien por incuria dexará de llamar á otro Medico. Con que pretender, que quando el paciente peca de incuria, llame á otro Medico que le cure, es pretender una contradiccion; esto es, que cuide, y no cuide *simul, & semel*. En fin, decir, que por temor omitirá la providencia debida, es otro absurdo grande; porque antes bien el temor es espuela del cuida-



do, y excitativo de la providencia. Fuera de que si el Medico por tímido no toma providencia para curarse, no llamará á otro Medico, pues esta es providencia para curarse.

12 Tambien se alega por la opinion vulgar una autoridad de Aristóteles, la que no me embaraza poco, ó mucho, no dando Aristóteles razon alguna, y teniendolas yo muy buenas por mi sentir. Fuera de que Aristóteles tocó muy de paso, y por incidencia este punto (3. *Politic. cap. 12.*): si lo hubiera mirado con la reflexion que yo, tengo por sin duda que sintiera lo mismo que yo. Y esto puede servir de respuesta á otras qualesquiera autoridades de hombres grandes que se me aleguen en las materias que no tratan de intento.

## S. V.

13 **M**I pretension en el presente Discurso hasta ahora se puso en unos términos, en que espero hallar muchos que la favorezcan. De aqui adelante toca en un extremo tan distante de la comun opinion y práctica, que es de temer que escandalice, en vez de persuadir. Mas en fin, puede mucho la fuerza de la razon. Pretendo, pues, que no solo el Medico puede serlo respecto de sí propio, quando está enfermo; mas qualquiera enfermo puede, y debe serlo en parte respecto de sí propio.

14 El Doctor Gazola, Veronés, Medico Cesáreo, en su excelente librito, intitulado: *El Mundo engañado de los falsos Medicos*, poco ha traducido del Toscano en Español, bien que solo propone pag. 62, que teniendo el enfermo un ligerísimo conocimiento de la Medicina, puede curarse á sí mismo, mejor que le curaria otro mucho mas instruido en el arte; pero las razones con que prueba esta propuesta hacen derechamente al intento de la mia. Oigamos á este Autor, que aunque el pasage es algo dilatado, se compensa ventajosamente lo prolixo con lo util.

15 „Supongamos (*dice*), que un enfermo sepa tanto de „Medicina, quanto baste para discernir los buenos de los „malos Medicos: no hay duda que éste no se engañará tan „de ligero en la eleccion; y aunque no llegue á conocer el „me-

„mejor de todos, á lo menos se guardará de los malos; y „antes que valerse de estos, si los hallase todos de un ca- „libre, se medicinaria por sí mismo. Para cooperar á la „naturaleza propia, una pequeña vislumbre que tengamos „de esta ciencia, es suficiente; porque es una indubitable „verdad (conforme al dictamen del Señor de la Chambre, „lib. 1, *Caract. de las pasiones*), que en nosotros hay un „secreto conocimiento de las cosas que conducen á nues- „tra conservacion; de manera, que con muy corta noti- „cia que tengamos de la Medicina, podemos con facilidad „ser Medicos de nuestras enfermedades.

16 „La Arte de medicinar es una purísima conjetura, „y nadie mejor que nosotros mismos puede adivinar qué „tales sean los desconciertos que pasan en nuestros inte- „riores; pues ningun otro puede interpretar los destinos „de la naturaleza propia, como los mismos enfermos, con „quienes en tan varias sensaciones muy freqüentemente se „explica. Asi las enfermedades se explican mas sensible- „mente con los enfermos; y es mas probable que estos ad- „viertan las principales circunstancias de su mala condi- „cion, mejor que lo puede hacer ningun Medico por la „simple relacion del enfermo. Por esta causa debió de de- „cir Platon, que para llegar uno á ser famoso Medico era „necesario experimentar en sí todas las enfermedades, juz- „gando que con dificultad podria saberlas con estudiarlas „simplemente en sus libros; y quien no conoce bien el mal, „y su causa, jamás sabrá remediarle: *Non intellectu nulla „est curatio morbi.* ¡Quántas enfermedades han venido á „ser por esto el oprobio de los Medicos, porque todavia „ignoran su esencia, y su causa!

17 „Por el contrario, ¿quereis saber quán facil sea me- „dicinarse por sí mismo? Observad todos los animales cu- „rarse con el puro instinto de la naturaleza; porque como „quiere Caton: *Sua cuique natura est ad vivendum dux*; ella „es la primera que facilita el camino, y los medios de su „conservacion. Ni me puedo persuadir que les falte á los „hombres este beneficio, mayormente viendo á menudo



„muchos enfermos, que abandonados de los Medicos, y  
 „administrandoles aquello que apetecen, se les quitaron  
 „aquellas dolencias de que estaban oprimidos. Ellos se  
 „sienten estimular con ciertos deseos, que así que los cum-  
 „plen se recobran, reconociendo en ello su convalecencia.

18 „¿Y es otra cosa todo esto, que un puro instinto, ó  
 „por mejor decir inspiracion de la naturaleza, que hace de-  
 „sear aquello que les puede ser de alivio? Verdaderamente,  
 „si los tales enfermos quisiesen en esto tomar antes el pare-  
 „cer del Medico, jamás se cumpliria lo que interiormente  
 „sugiere la naturaleza próvida, porque lo juzgarian mani-  
 „fiesto desorden el condescender en semejante apetito, por  
 „no poder entender ni concebir con los axiomas de su doc-  
 „trina escolar, que con medios tan extravagantes fuesen li-  
 „bres de semejante enfermedad. ¡Y cuántos sucesos de es-  
 „tos se leen en sus mismos libros, y cuántos oímos cada  
 „dia, que ellos propios refieren en sus familiares conversa-  
 „ciones haber curado ya á uno, ya á otro de gravísimas en-  
 „fermedades, con solo haber cumplido el enfermo su ape-  
 „tito! Por lo qual, filosofando modernamente el Padre  
 „Malebranche, vino á decir: *Itaque dubium non est quin*  
 „*sensus nostri sint interrogandi etiam in morbo, ut ab iis dis-*  
 „*camus rationem restituenda sanitatis. (de Inquir. verit.)*

19 „Sin embargo podrán aqui replicar algunos en de-  
 „fensa del Arte Medico, no negando que haya un gran nu-  
 „mero de casos semejantes; que no se sabe por el contrario  
 „quantos hayan muerto por no haber obedecido al Medico,  
 „y querido satisfacer sus viciados apetitos. Esto no puede  
 „ciertamente negarse; pero tambien es mucho mas proba-  
 „ble, que la naturaleza haga apetecer á los enfermos cosas  
 „por lo comun antes convenientes que dañosas, solicitando  
 „ella, y estando como empeñada siempre en la conserva-  
 „cion del propio individuo: *Natura omnia pro hominis sa-*  
 „*lute agit. (de Inquir. ver.)* A mas de esto, ¿quántas veces  
 „creéis vosotros, que los Medicos prohiben aquello pun-  
 „tualmente que debieran ordenar? ¿Y quántas ordenan aque-  
 „llo, que nunca mejor que entonces debieran prohibir? De

„aqui

+B

„aqui

„aqui nace, que los enfermos por lo comun tienen aversion  
 „á ciertos remedios, como cosas perjudiciales á la salud,  
 „sintiendo interiormente la repugnancia de la naturaleza,  
 „y los presagios de su calamidad. ¡Quántos con esto ha-  
 „brán muerto, por haberles obligado el Medico á recibir  
 „la sangria, á tragar la purga, ú otro brevage, contra la  
 „voluntad de los miserables! Cada qual siente estos secre-  
 „tos impulsos, y parece que su alma tiene un genero de  
 „presciencia de los sucesos futuros, y de ordinario hace  
 „ella que se sospeche anticipado el riesgo.

20 „Hay á mas de esto muchas cosas, que aunque sean  
 „bonisimas, pero encuentran con temperamentos á los qua-  
 „les son dañosas; y por lo contrario otras, que por lo co-  
 „mun son dañosas, y sin embargo á ciertas complexiones les  
 „son antidotos en sus males. Por lo que no debemos mara-  
 „villarnos, que de tantas cosas que á nuestro parecer ha-  
 „bian de dar salud á los enfermos, les sean algunas las mas  
 „perniciosas, y que de otras muchas cuyo uso juzgábamos  
 „perjudicial, reciban manifiesto beneficio: *Ultimæ rerum*  
 „*differentiæ nobis ignotæ sunt*: ni toda la especulativa del Ar-  
 „te Medico puede llegar á comprehenderlo; y es mas facil  
 „que el enfermo tenga alguna vislumbre con la propia ex-  
 „periencia y movimientos interiores, que el Medico con  
 „toda su conjetura; y siendo cierto que lo que agrada nu-  
 „tre, tanto mejor podrá curar, y servir de remedio; pues no  
 „puede haber mejor medicina, que la que al mismo tiempo  
 „puede servir de alimento; porque nutriendo las partes, vi-  
 „vifica la naturaleza, y la da mas fuerzas para superar la  
 „enfermedad. Ello es cosa que no debe dudarse, que hay  
 „en nosotros una cierta individual filosofia, con la qual,  
 „si quisiesemos hacer discreta reflexion, cada uno vendria  
 „á ser profetico de sí mismo; que por esto Tiberio se ma-  
 „ravillaba, cómo hubiese hombre sábio que se dexase to-  
 „mar el pulso de ningun Medico, y no hubiese aprendido  
 „á medicinarse por sí en el curso de su edad.

21 Tres principios se señalan en el propuesto pasage de  
 Gazola, por donde el enfermo puede mejor que el Medico

CO-



conocer su mal, y prevenir su curacion. El primero es la experiencia de su complexion: el segundo la sensacion de la enfermedad: el tercero el apetito ó repugnancia á lo que puede dañar ó aprovechar. Por estos tres principios pretende el Doctor Veronés, que con poquísimos conocimientos que tenga el enfermo del Arte Medica, se curará mucho mejor á sí mismo que le puede curar uno de los Medicos vulgares; y yo, sin disentir á este aserto, añado, que de los mismos se infiere, que aunque el enfermo carezca enteramente de las noticias del Arte, se le puede y debe fiar en parte su curacion. No pretendo que el enfermo no consulte al Medico; pero quiero que el Medico consulte tambien al enfermo, por quanto este tiene unos principios prácticos, conducentes al conocimiento y curacion del mal, de los quales carece el Medico, y á quienes debe atemperar los axiomas ó aforismos que ha estudiado. *Nuestros sentidos solos (dice el Padre Malebranche) son mas útiles para la conservacion de nuestra salud que todas las leyes de la Medicina experimental; y la Medicina experimental es mas segura que la teórica. Pero la Medicina teórica que atiende mucho á la experiencia, y mucho mas al informe de nuestros sentidos, es la mejor de todas (de Inquir. verit. in conclus. trium prim. libr.).*

22 En este punto quiero que se pongan las cosas. Los Medicos, que consultando á secas sus aforismos, desestiman enteramente el dictamen de los enfermos, ya en la graduacion de la dolencia, ya en el uso de los remedios, ya en la eleccion de manjares, aunque por otra parte parezcan muy doctos, y echen de carretilla quatrocientos textos de los Autores mas escogidos, son unos barbaros; y en vez de aprovechar, dañan.

§. VI.

23 **E**Mpezando por la graduacion de la dolencia, no es dudable que en Hipócrates, y otros Autores se hallan muy buenas reglas para discernir, si el mal es grave, ó leve; si carece, ó no de riesgo; si es mortal, ó venial. ¿Pero cuántas veces las señas externas que se mandan observar son equivocadas, de modo que no se conoce á punto fi-

fixo su carácter? ¿Cuántas veces están complicadas, y opuestas, de modo que unas inspiran confianza, otras miedo? ¿Cuántas veces la enfermedad es tan profundamente hipócrita, que no revela en alguna seña externa su malicia? En estos casos es no solo importante, sino necesario atender al dictamen del enfermo sobre la gravedad de su mal; porque él suele tener allá dentro una sensacion oculta, y casi inexplicable, que le representa al vivo el estado de gravedad de su dolencia. El percibe un genero de desabrimiento, molestia, ó pesadilla para quien no tiene voces, y que no ha percibido en otras indisposiciones, que parecian de igual ó mayor gravedad. El siente confusamente la decadencia y postracion de alguna facultad interna, á quien acaso hasta ahora los Físicos no dieron nombre determinado. De hecho se ve (como yo lo he visto y observado infinitas veces), que discrepando notablemente el Medico y el enfermo sobre la graduacion de la enfermedad, lo comun y comunísimo es, que el éxito compruebe el dictamen del enfermo.

24 Mas esto se debe entender con dos limitaciones. La primera es, que el enfermo no sea de genio muy pusilánime, y aprehensivo, porque estos, en qualquiera ligera indisposicion imaginan una enfermedad mortal; por lo que convendrá que el Medico se informe de los domesticos, si su genio adolece de este defecto, ó si en otras indisposiciones leves es combatido de los mismos temores. Por el contrario, tambien puede ser el genio tan audáz, confiado, y arrogante, que no dexa escuchar, ó que sofoque las voces con que se explica la naturaleza: lo que asimismo podrá el Medico saber por el informe de los domesticos. La segunda limitacion es, que si las señas de gravedad y peligro que ha calificado una constante experiencia, son claras, y conspiran uniformes, el Medico puede y debe despreciar el dictamen del enfermo, por mas que éste asegure que su indisposicion no es de cuidado; en cuyo caso se puede sospechar un delirio diminuto que perturba el juicio en orden á la enfermedad, ó cierto vicio del cerebro, por el qual no  
exer-